

## El problema de las nacionalidades y la propuesta de unión formulada por Gorbachov

A un año del frustrado golpe de estado contra Mijaíl Gorbachov que determinó la desaparición de la Unión Soviética y cuando numerosas repúblicas que antes integraban la URSS se encuentran sumergidas en graves problemas, el ex-presidente propone volver a la unidad perdida. En efecto, en una conferencia de prensa de mediados del pasado agosto Gorbachov afirmó que lo más apropiado sería conformar una *Unión de Estados*, a manera de una confederación, para facilitar la solución de los problemas comunes. Aunque el ex-presidente no explicó cómo se operaría esa creación no se puede dejar de asociar estas declaraciones con el proyecto de *Tratado de la Unión* elaborado por él en 1990 que preveía que la pertenencia de las repúblicas a la URSS sería voluntaria.

Ante esas declaraciones y a la luz del proceso vivido en los últimos años por la ex-URSS cabe preguntarse si Gorbachov realmente cree en la posibilidad de reconstruir la unidad perdida y, sobre todo, si su propuesta aporta a una nueva y decisiva solución al por demás difícil problema de las nacionalidades. Seguidamente y como una contribución al intento de responder a esos dos interrogantes haré una breve reseña histórica de esta cuestión desde la última etapa de dominación zarista a la actualidad a fin de mostrar que ante la gravedad del problema nacional el futuro de la unión propuesta es por demás incierto.

La Rusia zarista era un verdadero imperio colonial con continuidad territorial que se extendía desde los confines de la Europa central hasta el Pacífico y dominaba decenas de pueblos extremadamente diversos. El imperio ruso, medio-europeo y medio-asiático, constituía en 1914 un mundo complejo y original con violentos contrastes pues a la diversidad de nacionalidades y de lenguas se sumaba la de religiones y tipos étnicos. La existencia de nacionalidades tan diferentes entre sí ofreció naturalmente serios problemas a los gobernantes zaristas que sólo lograron mantener su dominio merced a la represión y a la rusificación.

Los zares practicaron una política de rusificación a ultranza que hizo desaparecer poco a poco las instituciones originales que existían en los países conquistados. En todas partes las lenguas nacionales estaban prohibidas y los funcionarios rusos dominaban el país. La centralización burocrática impuesta por el zarismo facilitó la política de rusificación pero al mismo tiempo ésta provocó la hostilidad de los pueblos dominados por el imperialismo ruso, en particular de los polacos, los pueblos del Cáucaso y los del Asia central.

Desde los albores de nuestro siglo el imperio zarista empezó a mostrar signos de debilidad debido a que todos los pueblos sometidos comenzaron

a sentir su dominación y a pensar en la forma de superarla. No debe extrañar, pues, que tras la revolución de 1917 se produjera la desmembración de ese imperio y que Polonia, Finlandia, los Estados Bálticos, Ucrania, Georgia y Azerbaidján proclamaran su independencia usando del derecho de las naciones a la autodeterminación, idea que figuraba entre los argumentos del leninismo clásico.

La desintegración del imperio ruso operada como consecuencia de la revolución de octubre era un hecho definitivo en 1920. Gracias a la ayuda exterior la independencia conquistada con la revolución fue para algunas naciones un hecho adquirido y duradero. Tal el caso de Polonia, Finlandia y los tres Estados Bálticos, Estonia, Letonia y Lituania; para otras, en cambio, la ausencia de apoyo externo determinó una situación de inseguridad, de debilidad; así se encuentran Azerbaidján, Ucrania, Bielorrusia y Armenia.

La precariedad de esos procesos independentistas quedó en evidencia ya en 1920, cuando se comprendió que para que la revolución sobreviviera era necesario transformar las relaciones de buen vecino en relaciones contractuales que posibilitasen la vuelta a la unidad perdida en 1917. Pero no fue Lenin sino Stalin el artífice de la construcción de un Estado Soviético multiétnico o multinacional en el que se reencontraron progresivamente a lo largo de más de dos décadas los antiguos miembros del imperio zarista, con lo que la autodeterminación ofrecida a las naciones en 1917 fue una fase superada y el proyecto de autonomía se transformó en proyecto federal. En 1922 el Estado de los Soviets sustituyó al Estado Imperial.

En efecto, concluida la guerra civil, en 1922 se produjo la fundación de la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas que con el tiempo llegó a ocupar la mitad del continente euroasiático, de modo que en 1991 la URSS englobaba 15 repúblicas federales: Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Armenia, Azerbaidján, Georgia, Turkmenia, Ouzbekistán, Kazakhstán, Kirghizia, Estonia, Lituania, Letonia y Moldavia.

La Unión Soviética era un Estado multinacional en el que vivían más de 130 pueblos y etnias. Existían 91 nacionalidades reconocidas como tales, y cada una de ellas tenía su lengua hablada y unas setenta la tenían también escrita. Había asimismo varias decenas de pueblos, poco numerosos es verdad, que tenían su propia lengua hablada.

La asimilación lingüística de los pueblos no rusos fue precisamente un instrumento fundamental para la nivelación de su conciencia étnica. Algunas lenguas adoptaron en la década del treinta al alfabeto cirílico, pero otras conservaron el latino. El georgiano y el armenio y numerosas lenguas del Asia central tienen su propio alfabeto y son numerosas las lenguas que poseen su propia literatura, prensa, teatro y cine, es decir, su propia cultura. Esto hace, naturalmente, que las relaciones entre el pueblo

de opresores de ayer, los rusos, y todos los otros pueblos no sean siempre simples y que a veces las relaciones entre los pueblos no rusos entre sí sean igualmente complicadas, pues con frecuencia la lengua, la religión y la psicología de los pueblos subordinados se diferencian sustancialmente de los de la mayoría predominante.

La complejidad y las dificultades del gobierno de un mosaico tan laberíntico de pueblos, nacionalidades y razas eran muy grandes. El socialismo, que nació y se desarrolló sobre un terreno histórico dado y en condiciones históricas determinadas, no resolvió todos los problemas aunque obtuvo éxitos que no se deben subestimar. Desde el punto de vista económico disminuyó el abismo que existía entre la Rusia relativamente más desarrollada y las partes no rusas del antiguo imperio zarista, es decir que practicó una política desigual consagrando más esfuerzos de inversión en las repúblicas federales y en las repúblicas y territorios autónomos no rusos. Y lo mismo sucedió en el plano cultural.

Desde los albores de la revolución Lenin lanzó una política nacional a este respecto en la que aunque se formuló una propuesta de autodeterminación de las naciones oprimidas por el yugo zarista que incluía el derecho a la separación, no se especificaron los mecanismos para lograrla.

Las repúblicas federales que integraban la URSS eran, en teoría, Estados nacionales soberanos que habían elegido libremente ingresar en la Unión Soviética, aunque conservando el derecho a separarse. Para los comunistas, el derecho de los pueblos a la autodeterminación constituye la panacea tradicional para el problema de las nacionalidades; el remedio figura en todos los documentos referidos a este problema que el PCUS ha emitido desde su creación. Sin embargo, con frecuencia Lenin hizo notar que el derecho a la separación era una cosa completamente distinta a la oportunidad de tal separación. En consecuencia, aunque reafirmó en todas las Constituciones sucesivas, *el derecho a separarse libremente de la URSS* no era más que una ficción: ningún texto precisa el procedimiento a seguir a fin de obtener esa separación.

Lo cierto es que según asegura Gorbachov la cuestión de las nacionalidades ha sido siempre tema de debates animados y profundos en la sociedad soviética, pero es recién en los últimos años que los rusos descubrieron con sorpresa que estaban sobre un volcán en el que bullían los conflictos de las nacionalidades. A partir de 1987 el estallido de las pasiones étnicas adoptó diversas formas y con frecuencia suscitó reacciones contraproducentes de las autoridades y de la prensa, las que pudieron comprobar que la supuesta armonía que imperaba entre las nacionalidades en realidad no existía y que al ahondarse las diferencias sociales y etnoculturales desaparecía la tan mentada homogeneidad de la sociedad. Quedó en evidencia entonces que la concepción del pueblo soviético como nueva comunidad histórica sólo había servido en realidad para encubrir

una política de asimilación que condujo al aniquilamiento de la identidad cultural de todos los pueblos del país, incluido el ruso, y que a pesar de la insistencia de la propaganda oficial el problema de las nacionalidades no había sido resuelto.

El proceso de la *perestroika* que se inicia en 1985 debía desarrollarse según Gorbachov resolviendo problemas y venciendo dificultades. El ex-presidente no estaba equivocado en su diagnóstico pero es evidente que no supo o no pudo cumplir con ese programa en el punto referido al tema de las nacionalidades.

En aquel momento la URSS era un Estado que agrupaba cuatro tipos de formaciones estatal-nacionales y administrativo-nacionales: 15 repúblicas federadas y 19 autónomas y 10 regiones y 10 distritos autónomos. Para Gorbachov esa multinacionalidad típica del Estado soviético era un factor de poderío y no de debilidad o desintegración. En su opinión, la URSS ya no era una prisión de naciones como se llamaba a la Rusia zarista, porque en ella se habían suprimido la opresión y la desigualdad nacional desde el momento en el que se habían asegurado las mismas posibilidades económicas, intelectuales y culturales para todas las naciones y nacionalidades. Es decir, según Gorbachov la cuestión de las nacionalidades había sido resuelta desde el principio por la Unión Soviética y era en esa comunidad basada en la *fraternidad y cooperación, respeto y asistencia mutuos* donde se asentaba la potencialidad y supervivencia del Estado soviético.<sup>1</sup>

Sin embargo, Gorbachov reconoce que los procesos nacionales no están libres de problemas y que lamentablemente los logros obtenidos, si bien considerables, no se los debe sobreestimar. En su famoso libro *Perestroika* sostiene que en 1985 el resurgir del problema de las nacionalidades era consecuencia de hecho de que un cierto sector de la población había caído en el nacionalismo y posibilitado el surgimiento de criterios estrechos, basados en una rivalidad nacional a ultranza, además de una muy marcada arrogancia. No obstante, también afirma que el socialismo tiene todas las condiciones necesarias como para resolver los problemas de nacionalidad sobre una base de igualdad y cooperación y que sólo basta con hacerles ver a esos pueblos cómo el internacionalismo propio del socialismo estuvo trabajando durante muchos años para beneficio de ellos. El ex-presidente manifiesta asimismo que la nación rusa desempeñó un papel destacado en la solución de la cuestión de la nacionalidad, aunque la política leninista sobre la misma dio lugar en un primer momento a un fugaz renacimiento de los nacionalismos.

---

<sup>1</sup> Mijaíl Gorbachov, *Perestroika, Nuevas ideas para nuestro país y el mundo*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1987, p. 136.

Si bien es cierto que toda cultura nacional es un tesoro que no debe perderse, Gorbachov considera que un firme interés en los valores que puede ofrecer cada cultura nacional no debe degenerar en intentos de aislarlos de los procesos complementarios de interacción y *acercamiento*. Así, por ejemplo, el Cáucaso septentrional, una región habitada por un sinnúmero de nacionalidades, con la URSS superó la negra historia que lo había caracterizado, pues dentro de esa región autónoma las culturas de todas las nacionalidades fueron preservadas y desarrolladas, se defendieron sus tradiciones y se publicó material literario en sus idiomas nativos. Este hecho no los aisló, sino que los unió aún más. Es decir, no basta proclamar la igualdad de las naciones, sino también es necesario asegurar a todos los grupos étnicos un estilo de vida que tenga sentido.

Por otra parte y aunque está convencido de que no puede negarse ni siquiera a la más pequeña de las etnias el derecho a hablar su lengua materna, Gorbachov piensa al mismo tiempo que en un país como el ruso, tan vasto y constituido por múltiples etnias, no se puede hacer nada sin un medio común de comunicación y cree naturalmente que el idioma ruso llena esta función. Por eso asegura que todos necesitan poseer este idioma, pues la misma historia ha establecido que el proceso objetivo de comunicación se desarrolla siempre sobre la base del idioma del país más grande y, además, porque en el caso concreto del pueblo ruso esto se aplica mejor que en ningún otro desde el momento que a lo largo de toda su historia ha demostrado que posee un enorme potencial de internacionalismo, respeto y buena voluntad hacia los otros pueblos.

El ex-presidente sostiene, asimismo, que cualquier tentativa de encender los ánimos respecto de cuestiones étnicas sólo complicaría la búsqueda de soluciones razonables y rescató por tanto la enseñanza de Lenin acerca de que al asunto de la nacionalidad hay que tratarlo con suma prudencia y tacto. Además, y aunque pueden ser ignorados, cree también que especular sobre los mismos equivale a irresponsabilidad política, si no a un delito, y que es precisamente por eso que la tradición del Partido Comunista, con la que él sigue comprometido, ha sido combatir toda manifestación de nacionalismo rígido, de mentalidad localista en cualquier forma en que pueda estar expresada. Finalmente, también está convencido de que toda la experiencia histórica soviética muestra que las actitudes nacionalistas pueden ser contrarrestadas eficazmente mediante un internacionalismo coherente. Y como confirmación del éxito que asigna a la política desarrollada por la URSS en este sentido Gorbachov agrega: *al conversar con la gente durante mis giras por las repúblicas y regiones nacionales de la Unión Soviética, pude ver, una y otra vez, que apreciaban y estallaban orgullosos de que sus naciones pertenecieran a una gran familia internacional, de ser parte integrante de una vasta y gran potencia*

que desempeña un papel tan importante en el progreso de la humanidad.<sup>2</sup>

Pues bien, hasta aquí hemos visto lo que pensaba o tal vez sigue pensando Gorbachov. Veamos ahora lo que sucedió concretamente a partir de 1985, en que él puso en marcha el proceso de la *perestroika*. Este período es sumamente importante porque en él de improviso se da en la URSS un auge de movimientos nacionales y un aumento de tensiones interétnicas cuya causa sólo reside en el hecho de que finalmente se desbordó el descontento acumulado durante años, provocado por las injusticias históricas y las duras condiciones de vida.

En 1987 se producen las primeras manifestaciones nacionalistas, una en mayo en Moscú patrocinada por la organización nacionalista rusa denominada *Pamiat* y otra en agosto en los Países Bálticos. A partir de aquí y en los años siguientes esas manifestaciones se repiten en Armenia, Azerbaidján, Ouzbekistán, Kazakhstán, Moldavia, Tadjikistán, Kirghizia y Georgia y en algunos casos están acompañadas de enfrentamientos étnicos y masacres como las producidas en Azerbaidján y Armenia a raíz de la reclamación de esta última por la devolución de la región de Nagorni-Karabaj.

En Estonia, entretanto, en 1988 es autorizado el uso de su propia bandera y el estoniano se convierte en la lengua oficial del Estado mientras que a mediados de febrero de 1989 Lituania se pronuncia por su autodeterminación. Aunque a comienzos de julio de este último año Gorbachov denuncia públicamente las tensiones que amenazan a la *perestroika* y a la integridad del Estado, el proceso de desintegración de la URSS ya está en marcha y nada lo va a detener, ni siquiera la advertencia del mismo Gorbachov en octubre del año siguiente acerca de los riesgos de una *libanización* de la Unión Soviética. Las repúblicas ya no pueden esperar más: actúan con independencia y asumen ellas mismas la responsabilidad por la unión pues advierten que su independencia política y económica es el único camino posible de desarrollo normal de cada una en particular y de todas en conjunto.

Si bien frente a los intentos de autodeterminación la reacción de las autoridades fue una sola: la fuerza y el bloqueo económico, en realidad, desde Moscú poco y nada se pudo hacer para evitar esa desintegración. En julio de 1989 el Soviet Supremo acuerda la *autonomía contable* a Estonia y Lituania y dos meses después Gorbachov anuncia un acrecentamiento de la autonomía de las repúblicas federadas pero todo esto no alcanza para detener el proceso independentista que ya se ha iniciado en los estados

---

<sup>2</sup> *Ibidem*, pág. 140.

Bálticos. En efecto en el curso de 1990 los parlamentos de Letonia, Lituania y Estonia declaran la independencia, la que es ratificada por sus pueblos al año siguiente. A través de un referéndum de marzo de 1991 Georgia también proclama su independencia.

Naturalmente, ante este proceso incontrolable al parlamento soviético no le queda otra salida que dictar la ley sobre secesión de las repúblicas. Esta ley, que fue aprobada el 3 de abril de 1990 por el Soviet Supremo de la URSS, reduce el problema de la autodeterminación al mecanismo de salida y concede este derecho sólo a las repúblicas federadas.

En ese momento dos instancias estaban claramente enfrentadas: 1) el derecho de los pueblos a la autodeterminación; 2) el derecho de la URSS a preservar su integridad territorial y la vigencia de la Constitución de la Unión en todas las repúblicas.

En 1991, a cinco años de haberse iniciado la reforma, casi todas las repúblicas federadas habían determinado de una forma u otra sus intereses y trataban de realizarlos. La URSS había desaparecido y en su lugar lo máximo que se pudo lograr fue la formación de la *Comunidad de Estados Independientes* que está constituida por doce flamantes repúblicas surgidas de las cenizas de la URSS y que luchan denodadamente por resolver múltiples dificultades, que si bien por lo general son de índole económica muchas veces están demasiado emparentadas con otras creadas por la irresuelta cuestión de las nacionalidades.

Hoy la ex-Unión Soviética presenta un panorama bastante incierto debido a los serios problemas económicos que afrontan sus ex-integrantes. En Rusia, mientras el programa de reformas económicas radicales avanza con extremada lentitud, los sectores ultranacionalistas comienzan a estrechar filas con los comunistas para hacer frente al gobierno de Boris Yeltsin, verdadero artífice del paso hacia la economía de mercado. La oposición acusa al presidente de haber destruido a la Unión Soviética y de debilitar al Estado ruso para favorecer a los intereses norteamericanos en el área; comunistas y nacionalistas coinciden en afirmar que siniestros planes extranjeros se apoderaron del Kremlin y vendieron el país a Occidente y que el logro de esos objetivos fue en cierto modo facilitado por el presidente Yeltsin.

Tras el golpe de agosto de 1991, los tres Estados Bálticos —Estonia, Letonia y Lituania— alcanzaron su total independencia y dejaron de sufrir la presión que Moscú ejercía sobre ellos en los últimos tiempos. No obstante, sus economías continúan siendo en gran medida dependientes de Rusia, sobre todo en materia de combustibles.

En Ucrania, además de la inquietud social generada por el ajuste económico que implican las reformas, el gobierno del presidente Leonid Kravchuk enfrenta tensiones con su gigantesco vecino ruso. En efecto, Rusia y Ucrania apenas han podido prorrogar la solución al espinoso

diferendo por el control de la poderosa flota del mar Negro y mantienen también una disputa territorial por la soberanía de la península de Crimea.

Luego de la desintegración de la Unión Soviética, los moldavos se precipitaron en una guerra secesionista. El conflicto comenzó cuando la población rusoparlante de la región del Transdniester proclamó su independencia del resto de Moldavia y el gobierno mandó al ejército para reprimir, pero se toparon con una severa advertencia de Rusia que está dispuesta incluso a apoyar militarmente al pueblo de Transdniester, de modo que crece el peligro de que Moldavia se divida.

Para Georgia las cosas no han sido mejores. El primer gobierno de la Georgia independiente, que estuvo encabezado por Zviad Gamsajurdia, fue derrocado por grupos demócratas y pro-rusos liderados por Eduard Shevardnadze, también georgiano y ex-canciller de Gorbachov. El derrocado presidente Gamsajurdia había intentado mantener a Georgia fuera de la *Comunidad de Estados Independientes* pero al mismo tiempo había girado hacia un ultranacionalismo con actitudes despóticas como por ejemplo las brutales represiones lanzadas contra la región de Ossetia del Sur. En la actualidad y mientras aún libra una intensa lucha armada con los seguidores del ex-presidente georgiano, Shevardnadze afronta el riesgo de la ampliación del conflicto desatado en Abjasia por la resistencia nacionalista ante una eventual intervención de los destacamentos de los movimientos nacionalistas caucásicos y en especial de la vecina Chechenia, donde precisamente se ha refugiado el ex-presidente Zviad Gamsajurdia.

El presidente armenio Levon Ter Petrosian también es objeto de serias críticas. El primer gobierno de la Armenia independiente que él encabeza ha sufrido un severo desgaste y es acusado de no respaldar con la energía necesaria a los armenios independentistas que luchan contra Azerbaidján en el enclave de Nagorni-Karabaj. Además, a Petrosian también se lo acusa de perseguir a la oposición nacionalista y se lo responsabiliza de la ocupación azerbaidjana de parte del territorio armenio y de la serie de derrotas sufridas en la guerra contra Azerbaidján en la que Armenia aspira y espera ser ayudada por Rusia. A mediados de agosto de este año y para neutralizar los intentos de la oposición de obligarle a dimitir o incluso eliminar el cargo de presidente, creado hace sólo diez meses, Petrosian pidió al parlamento armenio que convocase un referéndum que decida sobre su permanencia al frente del país.

En cuanto a Azerbaidján, la guerra contra los armenios independentistas de Nagorni-Karabaj ha sumergido a este país en profundas y prolongadas crisis políticas que hicieron caer dos gobiernos y finalmente lo dejaron en manos de los nacionalistas que lanzaron una ofensiva militar que posibilitó la ocupación de parte del territorio de su vecina Armenia y también una feroz represión contra los armenios de Nagorni-Karabaj que a pesar de su brutalidad no fue suficiente para recuperar el control total

de ese enclave.

Como se puede apreciar la cuestión de las nacionalidades se continúa planteando dentro y entre los diferentes Estados desmembrados de la ex-URSS. En realidad, con la ley de abril de 1990 el problema de la autodeterminación no ha quedado solucionado, no sólo porque en esa fórmula no se definen las condiciones ni los mecanismos de la autodeterminación sino también porque en todo caso contempla únicamente la situación de las ex-repúblicas federadas respecto de la ex-URSS. Además no existe un criterio uniforme para enfrentar el problema. Los criterios que pareciera cuentan con mayores posibilidades de éxito son tres: 1) la pertenencia histórica a uno u otro territorio; 2) la composición étnica de la población que vive actualmente en ese territorio (la mayoría étnica) y 3) la voluntad soberana de la mayoría de la población expresada constitucionalmente.

Lo cierto es que en este momento, operado el proceso de desintegración ha nacido una nueva *Unión* con la firma de los acuerdos entre las repúblicas que reconocen la soberanía de cada una de ellas, ratifican la inmutabilidad de las fronteras existentes, establecen vínculos económicos directos más eficaces y armonizan los intereses de las partes. A partir de ahora no es el centro el que decide cómo deben vivir las repúblicas, sino que son ellas las que determinan cómo debe ser el centro y qué poderes tendrá y las que definirán los aspectos concretos del *Tratado de la Unión*. Como aseguran muchos estamos frente al *año cero de un nuevo país* del que nadie puede asegurar cómo será. Sin pretenderlo, Gorbachov y su indecisión han propiciado el renacimiento de la nueva Rusia sobre los moldes de la vieja. El tiempo decidirá.

Y entre las decisiones a tomar en este momento figura la de aceptar o no la reciente propuesta de Gorbachov que pareciera revivir su proyecto de *Unión* elaborado en 1990. Según ese proyecto de *Tratado de la Unión* la URSS sería un Estado federativo soberano formado como resultado de la unificación voluntaria de las repúblicas y ejercería el poder estatal en los límites de las atribuciones que le hayan conferido los participantes del *tratado*. Cada república participante del *tratado* sería un Estado soberano y poseería pleno poder estatal en su territorio. El *tratado* reconoce también el derecho inalienable de cada pueblo a la autodeterminación y al autogobierno. Las repúblicas determinarían por sí mismas su régimen estatal, su división territorial y administrativa y sus sistemas de órganos de poder y de gobierno.

La experiencia ha hecho ver a los rusos que las relaciones entre las naciones son, entre todos los problemas difíciles, el más delicado porque siglos de historia pesan sobre sus espaldas y les ha demostrado asimismo que si formalmente la igualdad entre las naciones puede ser decidida y en la práctica se pueda adoptar y aplicar una política que tienda a ello, es de todos modos ilusorio pensar que eso alcance para allanar todas las

dificultades y resolver todos los problemas.

Y aunque un poco tarde, han advertido también que el socialismo aunque proclamó una doctrina internacionalista reforzó en el pueblo los sentimientos nacionalistas. Por eso, apenas se debilitó el poder del aparato del partido inmediatamente los organismos estatales de diverso nivel revelaron su total incapacidad para dirigir los procesos sociales y en consecuencia el sentimiento nacional resultó ser la única base capaz de permitir el accionar colectivo y las expresiones de protesta.

Por último, lo que ahora también comienza a comprenderse es que a las verdaderas causas del nacionalismo no hay que buscarlas en los costos de la política de las nacionalidades y en sus desviaciones de los principios leninistas sino en la incapacidad del régimen político soviético para asegurar condiciones dignas de vida y para crear instituciones civiles básicas, una administración local real y estructuras políticas y sociales eficaces que permitiesen a los ciudadanos y los diversos grupos, incluidos los étnicos, defender sus intereses y ejercer sus derechos.

Estamos pues frente a un nuevo capítulo en la vida de estos pueblos cuyo final es impredecible por que aunque la historia sirva para explicarse muchos de los fenómenos vividos por ellos en los últimos años es por demás peligroso utilizarla para hacer predicciones.

*Beatriz R. Solveira de Báez*

#### Fuentes:

*La Voz del Interior, Clarín, La Nación, Página 12.*

#### Bibliografía:

ARAGON, Louis *Histoire Parallèle, U.R.S.S. 1917-1960*, 4 vols., Presses de la Cité, París, 1962.

CARRÈRE D'ENCAUSSE, H., *El expansionismo soviético*, El Cid Editor, Buenos Aires, 1982.

DUCH, Juan Pablo y Tello, Carlos, comps., *La polémica en la URSS. La perestroika seis años después*, F.C.E., México, 1991.

ELLENSTEIN Jean, *Histoire de l' U.R.S.S.*, 4 vols., Editions Sociales, París 1975.

GORBACHOV, Mijaíl, *Perestroika. Nuevas ideas para nuestro país y el mundo*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1987.

MEYER Jean, *El fin del imperio*, Vuelta n° 179, octubre de 1991, México págs. 22-26.

VOSLENSKY, Michael, *La Nomenklatura. Los privilegiados en la U.R.S.S.*, Editorial Abril, Buenos Aires, 1986.